

RAFAEL DAMIRON

RECIBIDO
FOLLETO No. 1.

LA CAIDA DEL CACIQUE

IMP. LISTIN DIARIO
CIUDAD TRUJILLO,
REPUBLICA DOMINICANA
FEBRERO, 1937

LA CAIDA DEL CACIQUE

Disertación del Sr. Rafael Damirón,
Jefe de Propaganda Periodística y Radio-
telefónica del Partido Dominicano, transmitida al
inaugurarse la "Hora Política" en la noche del domingo
10 de enero del año 1937.

Sección de Propaganda Periodística
y Radiotelefónica del Partido Do-
minicano,
Folleto No. 1,
Ciudad Trujillo, R. D.
Febrero, 1937.

LA CAIDA DEL CACIQUE

Disertación del Sr. F. J. ...
de la Propiedad, Historia y Arte
del Sr. ...
a cargo de la "Real Academia de la Lengua"
el día diez del mes de Mayo de 1921.

...
...
...
...
...

BN
972.9305
D159c

Haciendo resumen de la verdad, porque sólo con ella debemos edificar la conciencia nacional, nos honraremos cada día con poner a arder la primera de las siete lámparas de la Arquitectura de que nos habla Ruskin, para de este modo trazar dos senderos necesarios para conocer el valor de la hora que vivimos: El que dejamos a nuestras espaldas, que es ruina y dolor; y el que tenemos frente al porvenir, que es promesa cierta de bien para la República.

R. D.

015928



017
P171310
D1710

832410

El panorama de la política del pasado en nuestro País, está lleno de motivos dignos de un sereno estudio sociológico.

Ni los gobiernos, ni las revoluciones, fueron nunca el producto de un patriótico ideal.

La lucha por el Poder y la del predominio entre dos jefes, constituían el móvil de todas las actividades políticas del medio.

El jefe era la obra del montón. Producto anónimo que se hacía visible en las convulsiones y que se ponía una cabeza para que lo mandara, sin importarle el tamaño de su talento, ni la órbita de su ambición.

En toda lucha de elementos heterogéneos hay uno que sobresale.

Por su fuerza.

Por su tamaño.

Por su audacia.

Por su talento.

Como nuestras conmociones internas nunca tuvieron su origen en una idea, el montón se sentía impulsado por algo extraordinario, y en él prevalecía la habilidad del más audaz, o el golpe del más fuerte. Este lo mismo podía ser un cabecilla de desyerbos, que un consuetudinario infractor del orden público; macho de partida en una peonada, o líder de pependencias cantoneras; fugitivo de la justicia, o temido tahur de algún garito; el más fácil en la agresión entre un conglomerado irresponsable; y se imponía, y dominaba, temido, primero, por miedo, luego, por la complicidad solidarizada, y más tarde, por la impunidad subyugante que lo embriagaba y lo enardecía.

Sabía que a la hora en que el interés partidista reclamará brazos prestos a la consumación del crimen, su nombre sería tema de pánico en la familia, resorte eficaz para la causa que utilizara sus servicios.

De ahí surgía el líder, y se formaba el cacique.

Con éste se establecía el cacicazgo, y sus linderos se ampliaban por la fama.

Y era, primero, explotado; luego, explotador. No había modo de contener el curso natural de su destino.

Frente a él, otro, y frente al otro, ponderaba el que llegaba a tomar proporciones de caudilo, y que más tarde, alcanzaba el tipo común de nuestros antiguos hombres de gobierno.

Logrado el triunfo, un cuadro de complicaciones estorbaba el paso del Ejecutivo.

Era necesario entonces contener la grita rencorosa de los colaboradores del éxito, y había que ofrecerles, por lo menos, una alforja retributiva que los regresara a sus predios con un poco de oro, y títulos suficientemente amplios para establecer un feudo soberano.

Y aquí, surgía la disyuntiva:

Negarle cuanto pedían, que era considerado como una deslealtad, o dárselo todo, que constituía una inmoralidad.

Frente a tales circunstancias, la política exigía la rápida solución de problemas tan conminatorios.

Y triunfaba el cacique.

El balance histórico de la República dentro del largo jalón de vida independiente comprendido entre el año 1844 y el año 1929, con los dos tenebrosos paréntesis de la anexión a España y de la ocupación por parte del Gobierno de Estados Unidos, nos enseña cómo el imperio del caciquismo destruía la realidad de un ideal de Patria concordante con la civilización, que a pocas millas de nuestra tierra, evolucionaba ascendentemente de acuerdo con las aspiraciones de la humanidad.

Si la concepción de los Trinitarios alcanzó en el retablo patriótico del baluarte de "El Conde" resplandores de epopeya, nadie podría negar que el fruto de la paciente obra indepen-

dentista cuajó entre zarzas de las cuales nadie quiso resarcirlo sin provecho de vulgares ambiciones individualistas.

Y fué, que tanto el colonizador como el libertador, no hicieron más que sustituirse en el molde del cacique. De Caonabo a Ovando; de Ovando a Dessalines; de Dessalines a Sánchez Ramírez, de éste a Santana, como de Báez a Heureaux y de Heureaux a Horacio Vásquez, el cacique jamás abandonó el escenario de nuestra política. En lucha temeraria y sangrienta, obsesado por el egoísmo y la pasión, olvidó la Patria, llenando de luto a la familia, y haciendo caso omiso de la libertad, de la instrucción pública, de la educación cívica, del honor del Estado, del respeto a la sociedad, del civismo vivido entre pautas reguladoras de las leyes y de los principios, buscó el Poder por el Poder mismo, para mandar e imponerse, para desnucar la ciencia de gobierno, convirtiéndola en refugio de un desmedrado parasitismo demagogo y bárbaro, inconsciente e irresponsable, colmando el cuadro de ruina y de sombra en que hasta hace poco nos veníamos consumiendo ante los ojos atónitos del mundo.

Creábamos nuestro propio desprestigio con la inconsciencia de quien creyéndose inmune a la fatalidad, alimenta cataclismos.

Se nos legó una República, débil pero aureolada por resplandores de gloria, y en vez de enaltecerla, la destrozamos y desacreditamos cien veces.

En lugar del apóstol, nos mandó el cacique.

En vez del maestro, se nos impuso el capataz.

En vez del cayado del pastor nos guió el sable del truculento guerrillero.

Lo que pudiera entonces denominarse Administración Pública, era una profusión de agencias cuartelarias presididas por un máximo cacique.

Se pasaba por encima de las obligaciones del Estado aplastándolo todo para dar fuerza al brazo más ágil y al más duro en la comisión del atropello.

Cuando de manera esporádica la paz era impuesta por el más fuerte, entonces, en vez de, rectificar seleccionando méto-

dos, orientándose dentro de un propósito decente, surgían las rivalidades, los odiosos derechos adquiridos por el resumen de hechos consecuenciales al arbitrario triunfo de los más, y era necesario para armonizar intereses, recurrir al resorte de los empréstitos que colocaban en un cepo lo poco que quedaba de autonomía al Estado Dominicano.

Ya en el poder, se iniciaban ensayos de sistemas democráticos insinceros, y se alentaba el exterminio de todas las reputaciones ajenas al convencionalismo de la hora, por medio de una prensa amarilla convertida en carroña disolvente frente al pudor que resistía al halago del soborno.

Lo que entonces se llama libertad, no era otra cosa que el derecho a la embriaguez por parte del pueblo, para que este no tuviera tiempo a la reflexión y al exámen del momento que vivía.

Mientras el pueblo hacía alardes de su orgía de libertad, los gobiernos convertían en botín de su propio usufructo los dineros del Estado.

De ahí que, frente a nuestro País empobrecido por el abandono de los campos; por la escasez de trabajo; por la ausencia de justicia; por el odio partidarista; por los reclutamientos a mano armada; por el fraude erigido en norma administrativa en el desenvolvimiento de la simulada fiscalización de las rentas e impuestos del Estado, no se explique la razón de los empréstitos extranjeros, cuyo producto se limitaba a aumentar la riqueza privada de los favoritos del poder y del comercio adscrito al engranaje corrompido, que lo encubría en su labor de descarado latrocinio.

Si el estado convulsivo era incómodo y desesperante porque en él se consumaban tropelías dolorosas, la paz tuvo también sus desencantos.

En la guerra, Solito y Baud, llevaban el pavor a la familia; en la paz, Caco vestido de gran señor, arrasaba con todo cuanto encontraba para llenar de oro la mochila que antes oculiaba la tea del incendio.

En la guerra, ya sabemos cual era el destino de los hombres y el desgraciado fin de nuestras cosas más queridas.

A nombre de un progreso que estuvo siempre muy lejos de las mentalidades circunstantes, a nombre de ese progreso, y a nombre de un incomprensible patriotismo; al amparo de esos infundios subyugantes que el País consideraba invocados por el bien general, se hizo el primer empréstito, se combinó el segundo, se entregaron nuestras aduanas a agentes representantes de acreedores Europeos, y llegamos a la Convención de 1907, que dió golpe profundo a nuestra autonomía y que sólo sirvió para que los dineros que de ella se derivaran, enriquecieran a unos pocos, y se hicieron 50 kilómetros de carreteras, comprendidas entre San Cristóbal y la Capital y entre Moca y Santiago de los Caballeros.

Se pagará la deuda exterior, proclamó el gobierno de entonces y la pagó con las manos esposadas que sirvieron de fianza al prestamista; y la deuda interior fué convertida en negocio opimo para unos, despojo para otros, y ruina para los más.

Aquellos tiempos... cuan tristes eran: la vida aislada; la aldea montaraz que se consumía en un letargo cimarrón narcotizante; la ermita derruida; el cura somnoliento; el viejo banco de la escuela que el maestro rural hacía más duro cabe la brutal palmeta de sus reconvenciones, y el Alcalde semi-analfabeta impartiendo justicia a tientas por entre una legislación mal digerida.

* Todo muerto por la pereza, interrumpida a veces por el disparo de la gavilla levántisca; llenos de breñales los botados, mientras de uno a otro caserío, el matorral impróvido atravesaba la vereda estrecha por donde transitaba el solitario caminante.

Y por encima de todo, lo desesperanza.

Porque el Caciquismo echó por tierra a la República del "44"; porque el caciquismo provocó la ocupación Norteamericana, y el caciquismo por poco pudo malograr la obra del presente, cuando en su último refugio de Mao, cayó vencido por la fuerza de su injustificable obsesión, el último cacique.

Colquémonos si no por un instante frente a una escena típica de nuestro pasado político; la paz parece acentuarse

en todo el País; el Gobierno respondiendo al clamor del pueblo, a los anhelos de la sociedad, se ha trazado un plan de obras públicas para unir por medio de carreteras modernas las dos cabeceras de Provincias tales, y ha resuelto dar comienzo a los primeros trabajos. Se han hecho presupuestos, y hay disponibles "X" pesos. Se llaman ingenieros competentes para iniciar la obra y ya todo está listo:

Se presenta el General Zutano, y luego el General Mengano, y más luego el Coronel Perencejo; detrás de esos, el Senador por la Provincia, y el Diputado, y el Gobernador.

Necesitamos que dé preferencia a nuestra gente en estos trabajos —dicen.

—Yo deseo "la contrata" de 20 kilómetros de carreteras—manifiesta uno.

—Y yo,—agrega otro—deseo me den 50 kilómetros.

El Jefe de Estado advierte que hay en esto propósitos expresos de una burda especulación, y opone razones técnicas que lo obligan a defender el éxito de la obra, negándose a complacer a tan **conspicuos aspirantes**.

Interviene el Secretario de Estado tal, representante del **Bolismo**, o del **Horacismo**, o del **Progresismo**. El Jefe del Estado resiste a la persistente demanda.

El General Fulano exige a su Ministro obtener del Jefe del Estado el monopolio de trabajadores para la construcción de las mencionadas carreteras; el Diputado amenaza con pasarse a las filas de la oposición si no se le arreglan convenientemente las cosas que ha solicitado; el Gobernador ha regresado para su Provincia disgustado, y llegan denuncias de que en los campos de las Comunes bajo su autoridad, ha habido reuniones y manifestaciones de protesta.

El Jefe del Estado no accede y defiende su autoridad frente a las exigencias que lo conminan; el Secretario de Estado tal, ha entrado diez veces a la Presidencia; el Comandante de Armas de la Provincia que éste representa, amenaza al Gobierno; lo siguen, el Alcalde, el Jefe de Policía, el Síndico del Ayuntamiento, y se presenta una crisis Ministerial.

El Secretario ha renunciado.

El Gobernador no obedece las órdenes del Ejecutivo.

Agotados todos los medios persuasivos, el Jefe del Estado se apercibe ordenando medidas restrictivas frente a las exigencias que a cada minuto cobran un tono más destemplado.

Y suena el primer disparo.

La paz ha cesado; sale un vapor de guerra conduciendo tropas hacia las regiones del norte.

Surge la revolución.

Cuál es su ideal?

Ninguno.

Su origen?

Por un lado de inescrupulosidad de un cacique, y por el otro, la honestidad de un mandatario.

Resultado: la anarquía.

Con ella, el incendio; la destrucción de la cárcel de Macorís; el encuentro en los campos de La Laguna; la muerte del estudiante tal; el sitio de la ciudad de La Vega; el ataque al puerto de Sánchez; el sitio de Puerto Plata.

El Cerro de Juan Calvo cubierto de fuerzas **Liberales**; el de Pedro Veras ocupado por elementos **Progresistas**; el fuerte de San Luis bajo el mando de los Güizaros, más tarde convertidos en **Come Burros**.

Las garantías Constitucionales han sido suspendidas; el comercio retarda sus evoluciones en espera de un tiempo mejor; el empleado público no cobra sus retribuciones; paralizado el Servicio de Correos por falta de comunicaciones; la prensa llena de crónicas que siembran el espanto; luto en la sociedad; la juventud influenciada por las pasiones que agitan al medio, deja el libro y empuña el fusil y cae muerta o inválida para siempre; la hacienda llena de bejucales silvestres; la esperanza vegeta en la oración de las madres, y el huérfano y la joven esposa visten de negro, mientras el Estado mismo tambalea al golpe de la insensatez desenfrenada que lo destruye.

Pasa un año y la República sigue desangrándose; las cárceles están llenas de desafectos a unos y otros bandos políticos; la Hacienda Pública carece de recursos y se buscan

medios para sufragar los gastos del estado de guerra y se ofrecen negocios leoninos e impudorosos al comercio de la República.

Transcurre el tiempo; la lucha continúa cada día con mayor fanatismo, y fuerzas de ejércitos extranjeros medían entre ambos contendientes.

Hay un cese en las hostilidades; lo sigue un llamamiento a los generales y jefes de ambos frentes políticos; los caciques no llegan a un acuerdo; se les amenaza; casi se les impone la paz, y surge la necesidad de presentar un candidato para la Presidencia de la República: el Jefe del Estado inspirado en un alardeado patriotismo ha presentado su renuncia ante el Congreso Nacional, y ha tomado el camino del exilio.

Se discute, se lucha con espíritu de profunda pasión, y surge una serie de conocidos candidatos, pero no se llega a un acuerdo.

Una imposición extraña hace que inesperadamente se designe un nuevo Presidente, y el Congreso Nacional elige a un hombre ajeno a las cuestiones políticas que se han venido debatiendo.

Los caciques forman a su alrededor un nuevo sitio moral para obtener del nuevo gobierno posiciones convenientes a sus aspiraciones políticas.

Se espera con impaciencia la designación de los Secretarios de Estado: los **Liberales** obtienen dos Ministerios; los **Progresistas**, dos Ministerios, los **Horacistas**, otros tantos; los **Legalistas**, un Ministerio representante de los intereses del Sur; el **Bolismo**, dos Secretarios de Estado; el Jefe del Ejecutivo se reserva el derecho de nombrar a un Secretario, y al jefe de las fortalezas de la Capital y Santiago de los Caballeros.

Todo parece que va normalizándose; la familia tiende a su sosiego anhelado; todo ofrece promesas de, por lo menos, un paréntesis de tranquilidad tan deseada como necesaria.

Los días pasan; por una pequeña diferencia, por un pequeño conflicto entre los intereses de los Partidos representados alrededor del Jefe del Estado, se rumora una nueva crisis; surgen a cada hora mayores comentarios; las propagandas

toman cuerpo, y un día, a tal hora, cuando más parecía que la vida del País entraba en un plano de reflexión y de concordia, el Jefe del Estado envía su renuncia al Congreso Nacional.

Tal era nuestra vida, tal nuestros sobresaltos, tal el morbo político que fatalmente había penetrado en la psicología del hombre en nuestro País, cuando como uno de esos milagros que la Providencia ofrece a los pueblos que merecen mejor destino, apareció en el escenario de nuestra política Rafael Leonidas Trujillo Molina.

Como el héroe de Austerlitz, en los primeros presentimientos de su grandeza, cuando el noble Borbón tocó su cabeza con el gorro frigio que le impusiera el populacho, sintió las rebeldías de su genio frente al desastre moral de la política Dominicana, y se impuso el deber de salvarla del naufragio de la hora.

—Y se abrió paso, con la mirada escrutadora fija en la entraña social invadida por gérmenes ancestrales que la llevaban a la muerte, enfrentándose sin vacilaciones cobardes al sectarismo decrepito que entumecía el organismo del Estado.

—Yo barrería las calles de París a cañonazos—murmuró Bonaparte ante el débil Borbón que vacilaba.

—Yo preferiré el sacrificio antes que ceder al caudillaje—exclamó Trujillo, cuando sin conocer el temple de su carácter, asomó su cabeza de serpiente en los primeros días de su Gobierno, la engreída exigencia y el reto equivocado de algún osado condicionalismo.

Antes que Trujillo la realidad era desconcertante.

Enajenados por los resabios tradicionales del pasado parecía imposible encontrar un plano de circunspección digno de la Patria.

El día en que algún historiador decente haga la depuración de nuestros sucesos, tendrá que convenir y declarar, que hasta Rafael Leonidas Trujillo Molina, actual Jefe del Estado Dominicano, no se tuvo en el País noción exacta de deberes cívicos, ni posesión completa de una justa idea de gobierno.

Cuando Trujillo no hubiera hecho tanto como ha hecho por la nueva estructuración de la República, por lo menos, nos

ha curado de un mal remoto que pudo hundirnos para siempre: El Caciquismo.

Eso solo bastaría para que la historia lo consagrara como el auténtico e indiscutible salvador de nuestra Nacionalidad.

Pero es que en este hombre extraordinario la Provincia ha reunido condiciones excepcionales.

Alcanzó la paz sin el sacrificio estéril de hombres forzados a la lucha fratricida; sin despojar al empleado público de la puntualidad de sus necesarias retribuciones; sin comerciar con las rentas del Estado; sin ofrecer concesiones dolosas; sin poner en pública almoneda el derecho que nos queda de constituir una respetada y decente Nacionalidad; sin que, reaccionando de un pasado que otros hicieron lamentable, en donde reinaba la pereza, aún queden inmóviles los músculos del hombre de trabajo; porque donde agonizaba la instrucción pública ha surgido una Escuela; en donde vegetaba el villorrio perdido entre inaccesibles matorrales, pasa la carretera y salta el puente, se abre el surco, fructifica el grano, y se convierte en oro el esfuerzo del labrador.

Nadie roba al Estado porque el robo se castiga.

Nadie traiciona, porque la traición está fuera de la ideología del momento.

Contra la obcecación esporádica que ha podido dudar, llegando hasta la torpeza de una infundada hostilidad, el perdón se ha erigido en juez y la absolución ha salvado muchas veces a quienes la indignación colectiva no hubiera podido perdonar.

La popularidad de este Maestro de Gobernantes no es herencia recibida de la voluntad de un testatario político que declinara su prestigio en favor de un heredero consentido, ella es la obra de una actuación ajena a vinculaciones maculadas de póstumos convencionalismos.

Una turbonada común de nuestra idiosincracia transformó los designios de la Patria, y contra la podredumbre que dejó a su paso el último impostor, luchó la voluntad de un hombre que desde su primer salto por la escabrosa y empinada sen-

da de la política que iba dejando a sus espaldas, sintió, que para sus alas, eran fáciles pedestales todas las alturas.

Frente a una hacienda derrengada por la pesada carga de sus deudas, impuso la rectitud de sus propósitos, y dijo a la fé languideciente, como Jesús a Lázaro: "Levántate y anda".

Y la curó de vicios mortales, y la impuso alientos de renovación que la indujeron al método, a la organización, a la austeridad, a la solvencia y al decoro.

No de otro modo podría ufanarse el País de las conquistas que hoy informan su prestigio y le dan título para alternar en el concierto de las naciones más caracterizadas de América.

Si ayer éramos un punto negro perdido entre las brumas de una regresión continua y degradante, solo advertido como un obstáculo porfiado sobre la senda de la civilización, hoy somos, por el titánico impulso que nos ha dado el genio creador del Presidente Trujillo, itinerario preferente de la atención del mundo, que nos suma y recuenta como un coeficiente más de cooperación positiva en el desenvolvimiento de los más trascendentales problemas que interesan a la estabilidad de la gran familia del universo.

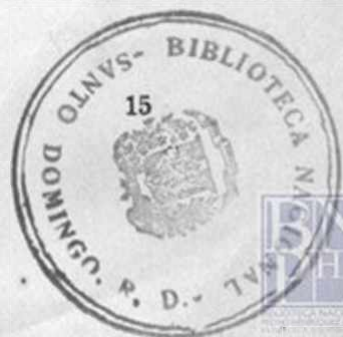
Hemos recorrido, pues, a grandes saltos el panorama singular de nuestro pasado; hemos comprobar con doloroso convencimiento, cómo perdimos el tiempo consagrando nuestras vidas y nuestro deber a una labor suicida, y hemos visto cerca de los bordes de cien abismos, la fé de un pueblo y la obra de un ideal de gloria defraudados, que pudieron perecer al choque de las pasiones y de la enajenación de nuestros progenitores.

Nada haremos con esgrimir condenaciones si no somos capaces de superarnos en el bien, si no sabemos convertirnos en sinceros adalides de esta era de justa revalorización de la ideología Nacional.

Estamos sobre un campo de experimentación moral que no admite titubeos. La mano del Benefactor ha preparado el surco.

Es hora de sembrar.

Preparémonos pues, a la cosecha.



El País contempla lleno de esperanzas la urdimbre prometedora del andamiaje que se levanta sobre las obras del porvenir. Sin regateos pueriles están en pleno desarrollo planes que indican nuevas orientaciones.

La fé que inspira el crédito de sus éxitos incontables no dá lugar a dudas ni pesimismo.

Quien nos condujo a través de las postrimerías de la noche del pasado sin que nos detuviera el laberinto inhóspito del derrumbe que se oponía al visionario, ya está en plena cima; jodean sujetos por las bridas que apañan sus manos, los corceles de la fama.

El horizonte está lleno de puntos luminosos, los llanos vírgenes y ansiosos de gestaciones fuertes. Si en las profundidades de la tierra hay fuego y hay oro, y hay vida, dejad que toque sus entrañas el mágico resorte de este genio creador.

Si en lo infinito, hay luz, y hay sol, y hay inmenso azul y si esa luz, y ese sol, y ese azul, faltaran a la noche de nuestras errabundas ansiedades, dejadlo emprender el vuelo para que retorne, tembloroso de júbilo, con el pecho lleno de medallas, y con las manos cargadas de estrellas.



